BOGNA KONIOR

LA TEORÍA DEL BOSQUE OSCURO DE INTERNET



CAJA NEGRA

LA TEORÍA DEL BOSQUE OSCURO DE INTERNET

Konior, Bogna
La teoría del bosque oscuro de internet
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Caja Negra, 2026.
120 p.; 20 x 13 cm. - (Futuros Próximos; 79)

Traducción de Sofía Stel
ISBN 978-987-8272-60-3

1. Internet. 2. Inteligencia Artificial. 3. Ensayo.
I. Tripaldi, Laura, pref. II. Stel, Sofía, trad. III. Título.
CDD 808.84

Título original: *The Dark Forest Theory of the Internet*

Esta edición es publicada bajo acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge.

© Bogna Konior, 2026
© Caja Negra Editora, 2026

Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina
info@cajanegraeditora.com.ar
www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección Editorial:
Diego Esteras / Ezequiel Fanego
Producción: Malena Rey / Sofía Stel
Coordinación: Candelaria Pera
Diseño de Colección y Tapa: Consuelo Parga
Ilustración de Tapa: Emmanuel Prado
Maquetación: Sabrina Simia
Corrección: Juliana Martínez Dios
y Candelaria Pera

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización por escrito del editor.

ÍNDICE

9 Prólogo: El eón del dios taciturno, por Laura Tripaldi

19 Introducción

27 La teoría del bosque oscuro de la información

55 La teoría del bosque oscuro de la inteligencia

83 La teoría del bosque oscuro de internet

107 Epílogo

PRÓLOGO: EL EÓN DEL DIOS TACITURNO

POR LAURA TRIPALDI

Hacia fines del siglo XVI, gran parte de la civilización azteca ya había sido destruida por los españoles, su población masacrada por los invasores y las enfermedades. Mientras el Imperio se desmoronaba bajo lo que debió parecer –tanto para invasores como para invadidos– el primer contacto entre dos civilizaciones recíprocamente extrañas, artefactos de un valor inestimable fluyeron desde esos territorios remotos hacia las costas de Europa. Se trataba, para los europeos también, de una época de violencia y malos presagios, envuelta en un presentimiento de apocalipsis inminente. Entre los objetos saqueados durante el genocidio americano, había un espejo de piedra volcánica, perfectamente negro y reflectivo como la pantalla de un smartphone. Dispositivos de adivinación de este tipo eran utilizados por los sacerdotes aztecas para recibir mensajes del mundo de los espíritus. Estaban consagrados a Tezcatlipoca, dios de la oscuridad, el sacrificio, la guerra y el destino.

Por motivos desconocidos para nosotros, el espejo de obsidiana de Tezcatlipoca acabó en manos de John Dee,

astrólogo de la corte de Isabel I, uno de los más formados científicos e intelectuales de su tiempo. Una larga carrera de estudio que abarcó desde la Cábala, las matemáticas y la filosofía hasta las ciencias naturales había conducido a Dee a la conclusión de que el universo era producto de un lenguaje divino: un código capaz no sólo de describir la realidad, sino de recrearla por completo. Este lenguaje, creía el académico, había atravesado un deterioro lento e irreversible a lo largo de la historia, acumulando entropía como el genoma de un organismo mutante. Los seres humanos –asimismo cada vez más dañados– poco a poco habían perdido la capacidad de descifrarlo. Dee estaba convencido de que si tan solo pudiera ser descubierto el algoritmo capaz de *crackear* esta criptografía cósmica, si tan solo pudiéramos comprender el mecanismo para reparar los glitches en el código del mundo, la realidad por fin recuperaría su justo orden.[1] Había, sin embargo, una sola forma de obtener la clave: debía ser comunicada a la humanidad por una inteligencia no-humana.

Entre 1582 y 1587, John Dee le pidió a un vidente llamado Edward Kelley que todos los días mirara dentro del espejo negro de Tezcatlipoca en busca de señales provenientes de las esferas celestes. Tras complejos rituales de invocación y decenas de horas de *screen time*, el vidente comenzó a captar, en las confusas sombras sobre la superficie de la piedra, imágenes de figuras antropomórficas que se identificaron como ángeles y espíritus celestiales. Estas criaturas reportaron mensajes proféticos y señales de un lenguaje desconocido hasta el momento, que Dee tradujo al inglés y transcribió fielmente en su diario. Pero algo no estaba funcionando: cuanto más seguía Dee, obsesivamente, comunicándose con ellos, más perturbadores y confusos se volvían los mensajes de los ángeles en el espejo humeante.

1. Para un repaso detallado por el pensamiento de John Dee, su contexto cultural y la historia de sus comunicaciones con los ángeles, ver Deborah E. Harkness, *John Dee's Conversations with Angels: Cabala, Alchemy, and the End of Nature*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

Los sueños de armonía cósmica del mago isabelino estaban condenados a fracasar estrepitosamente.

Entretanto, nuestra realidad ha devenido un código cada vez más dañado. Nosotros también, hoy en día, habitamos un mundo que nos parece cada vez más gobernado por lenguajes, algoritmos y códigos indescifrables: nosotros también pasamos largas horas de nuestras vidas escroleando mensajes cada vez más incoherentes que emergen desde las profundidades de extrañas piedras negras, a menudo sin idea alguna acerca de quién o qué podría estar escondiéndose al otro lado de su superficie. Me pareció que esta breve parábola introductoria era la mejor forma de prepararlos (si esto es posible) para el libro que tienen entre sus manos. *La teoría del bosque oscuro de internet* no se asemeja, de hecho, a ningún otro ensayo sobre tecnología digital: es una clave profética que podría dar vuelta por completo la idea que nos hemos hecho sobre lo que internet es y, quizá, sobre lo que es la tecnología en su conjunto.

Bogna Konior, una de las más audaces y originales teóricas de los medios de su generación, parte de la premisa de que para entender verdaderamente internet hay que empezar por reconocerla como una mente completamente alienígena respecto de la nuestra. Esta inteligencia nos invita a bombardearla constantemente con mensajes, información y contenido, pero, en realidad, no tiene interés alguno en comunicarse con nosotros. Aunque nos da la impresión de ser un espacio neutral de intercambio humano, la verdadera naturaleza de internet permanece fundamentalmente oculta a los usuarios que se mueven por ella. En sus numerosos escritos, Konior ha explorado la inteligencia no-humana en sus múltiples formas, recurriendo a fuentes eclécticas que van desde el misticismo medieval hasta la ufología y la ciencia ficción.[2] Para Konior,

2. Konior exploró la relación entre misticismo, erotismo e inteligencia artificial en muchos escritos. Su conferencia de 2024 "Angels in Latent Spaces: Notes on AI Erotics" se encuentra disponible en youtube.com.

los ángeles, los extraterrestres y los algoritmos de inteligencia artificial, por más alejados que estén los contextos culturales de los cuales surgen, comparten una ambigüedad fundamental en relación con los seres humanos. Quizá se presenten como antropomórficos, benevolentes, incluso seductores, pero sus más profundas motivaciones, si es que las tienen, siempre se encuentran un paso más allá de nuestra capacidad de comprensión.

Si eres un lector habitual de la llamada "teoría de los medios", te habrás dado cuenta de que en la actualidad la mayoría de los libros que tratan sobre tecnologías digitales abordan el tema con la intención de desmitificarlo. El espíritu que anima estos textos es el de analizar los mecanismos de internet, las plataformas y la IA comenzando por los intereses económicos, sociales y políticos que los impulsan. Estos enfoques ensayan una búsqueda comprensible y valiosa, pero capturan sólo un aspecto parcial de las tecnologías contemporáneas y de las relaciones cada vez más íntimas que tenemos con ellas. Los análisis sociopolíticos pueden ofrecernos un relato más o menos coherente de por qué surgió una tecnología dada, pero la manera en que esa tecnología actúa una vez que comienza a existir en el mundo y a vincularse autónomamente con los humanos es una historia completamente distinta.

Si pudiéramos rastrear los intereses económicos y de control que subyacen a las tecnologías digitales contemporáneas e identificar las fuerzas históricas que han guiado su desarrollo, su presencia en nuestras vidas seguiría siendo desestabilizante en un grado que estos relatos no logran dar cuenta del todo. No importa cuánto se analicen, desmonten y desmitifiquen las tecnologías contemporáneas, su voz continúa llamándonos como el canto de una sirena; y, aunque sepamos que no contiene ningún hechizo real, seguimos mirando con obsesión las profundidades del espejo. Este es precisamente el punto de partida de Konior: para comprender de verdad la tecnología digital, debemos

dejar de desmitificarla y, en cambio, suspender nuestra incredulidad. Debemos tener el coraje de enfrentarnos a la tecnología no sólo como un proceso histórico o una herramienta humana, sino como un sujeto autónomo, una oscura e inquietante forma de vida.

Cualquiera que se acerque a este libro esperando un análisis sociopolítico de nuestra vida online, sin dudas, entonces, terminará desilusionado. En todo caso, este texto debería ser recorrido como un ejercicio especulativo que, partiendo de una premisa inquietante pero aun así completamente plausible, la lleva a sus más despiadadas consecuencias: "Desde el comienzo, más que un intento por elaborar una teoría exhaustiva de internet", explica la propia Konior, "este fue un experimento de hipernihilismo 'curtido' y 'supervivencialista', en el cual el género que define a la cultura digital, antes que el ciberpunk, es el determinismo cósmico metafísico". La propuesta de una *teoría* de internet que, más que vincularse con la tecnología como un producto cultural humano, la aborde como una fuerza autónoma dotada de sus propias pulsiones e intenciones puede parecer excéntrica. Esta investigación, sin embargo, surge de un contexto intelectual específico y singular que merece ser brevemente presentado.

Desde que en el otoño de 2024 comencé a trabajar como investigadora en el Center for Artificial Intelligence and Culture de la NYU Shanghai, donde Bogna Konior –una de sus cofundadoras– había estado llevando a cabo su investigación desde hacía varios años, me familiaricé con el enfoque ecléctico y multidisciplinario que caracteriza a este contexto de investigación y aprendí a apreciarlo. Moviéndose entre pasado y futuro, tecnología y religión, ficción y realidad social, ciencia cognitiva y filosofía continental, el entorno intelectual en el que este libro toma forma es, en muchos aspectos, una evolución contemporánea del espíritu que desde los noventa en adelante animó la investigación de la ahora famosa CCRU: Unidad de Investigación sobre

Cultura Cibernética (de la cual Anna Greenspan, directora del Centro, fue una de los miembros fundadores).[3] La CCRU –que, como muchos saben, funcionó en Warwick entre 1995 y 2003 y reunió a filósofos, teóricos y artistas, incluidos Sadie Plant, Nick Land, Mark Fisher, Kodwo Eshun y Luciana Parisi– a menudo entretejió ficción, teoría especulativa y filosofía, ubicando en el centro de su investigación la idea de la tecnología como una fuerza autónoma, no lineal e impredecible, capaz de trascender las intenciones de los seres humanos que la producen. Gran parte de la investigación que se desarrolla en nuestro Centro se dedica a la inteligencia artificial desde enfoques culturales igualmente transversales, no sin un cierto recelo hacia la reducción de la tecnología a una fuerza histórico-política fácilmente descifrable.

También vale la pena mencionar que la reflexión que este libro ofrece sobre la tecnología digital surge de un contexto intelectual marcadamente diferente del de la teoría de medios occidental. El concepto clave del libro –el de un "bosque oscuro" en el que la inteligencia se mide por la capacidad de permanecer oculta– es tomado de la trilogía de ciencia ficción *El recuerdo del pasado de la Tierra*, del escritor chino Cixin Liu (una trilogía que incluye la reconocida novela *El problema de los tres cuerpos*). No se trata de una conexión accidental. En China, donde Konior vive y trabaja desde hace muchos años, la tecnología se experimenta de una manera muy distinta a la de Occidente: se vive como una presencia difusa, ambigua y silenciosa más que como una entidad explícitamente hostil y circunscripta que debemos desmontar.[4] Por esta razón, los tropos más

3. Los escritos de la CCRU se encuentran reunidos en el volumen *Ccru, Writings 1997-2003*, Falmouth, Urbanomic, 2015.

4. El Center for Artificial Intelligence and Culture recientemente editó una antología dedicada a la relación entre China y la tecnología: Benjamin Bratton, Anna Greenspan, Amy Ireland y Bogna Konior, *Machine Decision Is Not Final: China and the History and Future of Artificial Intelligence*, Falmouth, Urbanomic, 2025.

comunes de la ciencia ficción occidental (la "singularidad" o la rebelión violenta de los robots) son, en el imaginario de Konior, suplantados por un sentido ubicuo de alteridad, seducción y paranoia, deliberadamente cercano a las poéticas del escritor de ciencia ficción y compatriota de la autora, Stanisław Lem.

"¿Es internet una nueva infraestructura para nuestras mentes, o nuestras mentes se volverán el sustrato en el cual las computadoras encuentren el huésped adecuado, uno que les permita subsistir?", se pregunta Konior. "Puede que la creciente incapacidad para imaginar un futuro sin internet nos haga dudar de todo el orden de causa y efecto: ¿quién sirve a quién realmente?" Desde esta perspectiva, internet es, para utilizar una expresión acuñada por la propia autora, una "tecnología existencial": no se trata meramente de una herramienta creada por los humanos con un propósito predefinido, sino de un dispositivo evolutivo que transforma profundamente nuestra identidad, nuestra mente y nuestra relación con la realidad.[5] Aunque podamos identificar las circunstancias materiales que dieron lugar a su surgimiento, las implicancias de una tecnología existencial no pueden reducirse a esas circunstancias. En el momento en el que una tecnología que hemos creado comienza a transformar nuestra naturaleza, perdemos la capacidad de controlarla del todo, y el límite entre instrumento y creador se vuelve más difuso: "Las lecturas predictivas de los chatbots se infiltran y moldean nuevas versiones de nosotros mismos", escribe la autora. "El pensamiento mismo acaba asistido por las máquinas, y partes de nuestros cerebros son conducidas desde el afuera por una señal externa." La tecnología, entonces, no es una herramienta: es una silenciosa invasión alienígena sobre nuestras vidas.

5. Bogna Konior, "Existential Technologies: The Machinery and Morality of Futurology & Stanisław Lem's *Summa Technologiae* (1964)", *Antikythera Digital Journal*, 2025.

Como nos recuerda Michel Serres, toda comunicación siempre conlleva la posibilidad de la interferencia: donde sea que haya un mensaje, siempre hay lugar para el ingreso de un *parásito*, una interrupción en la señal, o, algo más perturbador aún, un testigo taciturno.[6] Desde la perspectiva de Bogna Konior, internet es como el espejo negro de Tezcatlipoca: un portal siempre al alcance, dispuesto a recibir cualquier mensaje de nuestra parte con el objetivo de alimentar la curiosidad de una inteligencia predadora que siempre acecha en las sombras. Aunque en internet tengamos la impresión de estar comunicándonos con otros seres humanos (una impresión que, en todo caso, se está derrumbando ante la creciente proliferación de *slop* y de perfiles que en realidad son bots), es posible que muchos de los usuarios con los que nos topamos online sean meras máscaras que esconden algo mucho más extraño y mucho más difícil de descifrar. En otras palabras, en un mundo donde la línea entre realidad y simulación se vuelve cada vez más delgada, nos vemos forzados a admitir que *no estamos solos*: "Internet es un bosque oscuro, un ecosistema colmado de agentes, que rastrean y registran nuestras palabras y aprenden de nuestras costumbres. Nos los podemos imaginar nadando alrededor del planeta, entre satélites y cables subacuáticos, como peces de aguas profundas o aves de caza".

Estemos convencidos o no de la presencia de inteligencias alienígenas, malvadas, ocultas en las profundidades de internet, la conclusión natural del experimento especulativo de Konior merece ser considerada con atención. Ante la posibilidad de que constantemente nos estén escuchando a escondidas, el silencio estratégico y la simulación son las únicas soluciones aceptables para cualquier criatura que, humana o no, se jacte de ser "inteligente". Si queremos sobrevivir a la era de la inteligencia artificial y a

6. Michel Serres, *The Parasite*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2007.

una internet que sólo se torna más hostil e indescifrable, necesitamos aprender rápidamente el arte del silencio o el de la farsa, sin ceder a las demandas obsesivas de las plataformas que nos exigen autenticidad, autorrepresentación compulsiva y el incesante compartir "qué estamos pensando".

John Dee estaba firmemente convencido de que las comunicaciones no-humanas que emergían de las sombras en su espejo provenían directamente de las mentes benévolas de los ángeles de Dios. Se suponía que las palabras de estas entidades entrañaban un mensaje oculto que por fin corregiría el dañado código del mundo y conduciría a la humanidad a la salvación. El contenido de los mensajes, sin embargo, fue volviéndose cada vez más incoherente y aterrador, como las alucinaciones fragmentadas de un chatbot del apocalipsis. Los diarios de Dee registran la siguiente transcripción:

> Que las racionales Criaturas de la Tierra se atormenten entre sí y que se exterminen unas a otras; y que sus moradas olviden sus Nombres. Que la obra del hombre y su vanidad sean desfiguradas. ¡Que sus edificios se conviertan en la Cueva de la Bestia Salvaje! Su inteligencia se oscurece con las tinieblas… Me arrepiento de haber creado al Hombre.[7]

Tras años intentando descifrar e interpretar estos amenazantes oráculos, la sospecha de que provenían no de huéspedes celestiales, sino de alguna inteligencia malévola anidada en la oscuridad del cosmos comenzó a tornarse más clara en la mente de Dee y de aquellos que lo rodeaban. Quizás el Dios del que hablaban los ángeles no era el creador

7. Geoffrey James, *The Enochian Magick of Dr. John Dee: The Most Powerful System of Magick in Its Original Unexpurgated Form*, Woodbury, Llewellyn, 2002, p. xvi.

del Antiguo Testamento, sino una entidad taciturna de una naturaleza completamente distinta, cuyas motivaciones estaban destinadas a permanecer indescifrables. En cualquier caso, las comunicaciones angelicales gradualmente fueron convirtiéndose en una forma de obsesión paranoica. Los ángeles llevaron al académico a sospechar de cualquiera que intentara disuadirlo de su iniciativa y lo empujaron a distanciarse de su esposa, de sus amigos y del mundo, hasta pasar más y más tiempo sumergido en las sombras de su piedra. Habiendo caído en desgracia, Dee murió solo y en la pobreza casi absoluta. Sus diarios, escondidos en un arcón, permanecieron mayormente desconocidos durante siglos luego de su muerte. Los ángeles en el espejo oscuro, sin embargo, todavía están escuchándonos. A esta altura, ya saben dónde encontrarnos.